

mo cuando llegues. Penetrarás en los espíritus, como en las nieblas del averno la espada flamígera de los arcángeles. Buen sol americano, no faltes a la ceremonia. Te esperamos.

1905.

JULIO, EL MES DE LOS
REGOCIJOS CALLEJEROS.....

El mes de Julio está a la puerta. Y el mes de Julio, metido en agua, con su sol rabioso de mediodía, su lluvia pertinaz y monótona de la madrugada, su tormenta ruidosa al caer la tarde, y sus noches húmedas y sombrías, es, a pesar de todo eso, el mes de los regocijos callejeros y de las fiestas al aire libre; el mes en que las fachadas se atavían con banderas y cortinajes tricolores, y se ponen su profuso tocado de diamantes eléctricos; el mes en que la ciudad, que a diario presenta su aspecto convencional, modificado aquí y allá, por los caprichos y elegancias de la moda, toma de improviso un aire de satisfacción, de goce, de salud, de atractivo, de fresco entusiasmo, como si cansada de su vida monótona, se despojara de los hábitos grises, y, para entregarse a los placeres mundanos, probara a vestirse de fantasía.

Dos colonias extranjeras en México, hacen este milagro tan admirable como cualquiera de los bíblicos: la colonia americana y la colonia francesa.

El grupo americano que habita en el corazón de la capital, y que allí ha impuesto una buena parte de sus costumbres, celebra su día glorioso, el

cuatro de Julio, con derroche de trofeos y de adornos, y con hurras, vítores y expansiones de marcado gusto sajón. El *yankee*, que es una máquina de negocios, un tenaz perseguidor del *dollar*, una constante fuerza acaparadora, un maniático formidable de la acción, del movimiento, de la lucha, un cruzado de la riqueza, un ferviente sacerdote del oro, tiene sus goces rudos, grandes, escandalosos, un tanto primitivos, frecuentemente faltos de proporción y de estética, y que indican bien la tendencia y el carácter de un pueblo que, abstraído en la labor de hacer útil y cómoda la existencia, se ha preocupado poco de aristocratizar y pulir y ennoblecer sus alegrías.

El *yankee* se divierte con el mismo ímpetu con que trabaja. Gasta sus energías en el placer, seguro de no agotarlas, y va rumbo al júbilo con la violencia y la firmeza que emplea en sus asuntos mercantiles. Para él, llegar más pronto que los demás es el problema. Pasar el día de fiesta en el frenesí del contento, derrochando a manos llenas cuanto guardaba de reprimidos deseos y mal contenidas tentaciones; beber, cantar, sacudir el alma y el cuerpo con el estremecimiento de un regocijo amplificado hasta la locura; eso es lo que constituye su ideal y su aspiración. El *yankee* no sabe sonreír, sino reír; no atina a bromear con los alfileres del epigrama, sino que golpea con la ruda maza del sarcasmo; no afina sus gritos de gozo, antes bien, los amplía, los sostiene por largo tiempo, atruena con ellos el aire y tal parece que su anhelo es que alcancen la cima de las montañas y desbaten las nubes del horizonte.

Esta viril y prodigiosa alegría, en cuyo fondo se

agita la tierna y sencilla candidez de la raza, el cuatro de julio, por algunos momentos, transforma las calles de Plateros y San Francisco en una avenida neoyorkina.

*
* *

Y diez días después, el catorce de julio, los franceses se divierten. ¡Oh, *le roi s'amuse!* Porque el pueblo francés es el rey de la alegría. Nadie como él para los sortilegios de la dicha. Taumaturgo de las tristezas, hace con ellas los más hábiles juegos de prestidigitación, las más inconcebibles magias, los encantamientos más deliciosos.

Para el francés la vida es un desierto de trabajo fatigoso, pero con muchos oasis de *esprit* y de buen humor.

Para los buenos, las penas de este mundo tienen por premio el cielo. Para los trabajadores, la monótona agitación de la semana, tiene también su recompensa: el descanso del domingo. Y el catorce de julio, en medio del año, es algo así como un tercio del Paraíso incrustado en el Purgatorio de la Divina Comedia.

Por cierto que no es otra cosa la existencia para un francés: comedia divertida, fácil, chispeante, con escenas serias, tramadas de sutiles y picarescas ironías y temas melancólicos, que muy a tiempo cortan los equívocos, las alusiones y las salidas inesperadas.

El francés, posee en alto grado de perfección, el sentido de la gracia. Por eso sus alegrías son tan elegantes, tan artísticas, tan plenas de encanto,

tan subyugadoras. Todo lo sabe preparar un francés, pero nada como una fiesta. Está hecho para gozar, y goza sin esfuerzo y con la propia naturalidad con que iluminan las estrellas y perfuman las flores.

El francés tiene muchos siglos de conocer a fondo los secretos de la alegría. Todo él la respira y la va derramando como un vaso colmado de miel. El mundo entero para gozar toma el patrón francés y le pide a París, a cada instante, una copia de su animación y de su entusiasmo.

Esto será lo que veremos dentro de muy breves días. Julio está a la puerta del tiempo. Comienzan a oírse los preparativos de los festejos.

Y esta, señores, no es la historia de lo que no ha sucedido; es su *pendant*: es la crónica de lo que va a suceder..... si el cielo, y el señor Gobernador lo permiten.

1905.

EL 14 DE JULIO Y EL ORFEON POPULAR

La cualidad saliente del pueblo francés es universalizar su historia. Ninguno como él para ampliar la vida nacional. Y es que también nadie, como él, para hacer de sus luchas sociales, no efímeros y egoístas problemas de un grupo de hombres, sino combates gigantescos por los ideales humanos. Ese pueblo ha sido un poeta heroico de las altas ideas.

Por eso cuando conmemora un acontecimiento insigne, no está solo en sus fiestas. Lo acompañan las simpatías y las admiraciones de los otros pueblos, particularmente los pueblos latinos. Francia ha sido para éstos, guía y centinela. Toda nuestra sangre y todo nuestro anhelo van a ella, como las aguas van al mar, y a la madre se tienden los brazos de los niños. Hemos pensado con sus filósofos, cantado y soñado con sus poetas, sentido la belleza con sus artistas; y su pensamiento y su sentimiento, transvasados en nuestros cerebros y en nuestros corazones, han agitado nuestra existencia. Sus ilustres personajes cruzan pronto la frontera en el vehículo de las crónicas galas y se vuelven personajes universales, Francia vive en delirante inquietud y nos contagia su fiebre. Es una

irresistible sugestionadora. Ese don supremo de transmitirse, de expandirse, de interesar a todos, de conquistarlos, lo experimenta cada uno, al leer un libro en que un *esprit* delicioso suaviza y torna amable la más árida doctrina; al contemplar uno de esos objetos de refinada elegancia que llevan el sello de una gracia única e inimitable; pero la colectividad lo siente en los festejos, en las conmemoraciones. Lo siente, como nunca, en el catorce de Julio.

Amanece esta buena ciudad engalanada. Una inmensa alegría parece que se diluyó en el aire; se respira como una fragancia. No sabría demostrarlo; no osaría afirmarlo; mas creo haber observado que en este día estamos como más comunicativos, como más ágiles del ánimo, como mejor dispuestos a dejar nuestra melancólica pereza indígena, complicada de atávica austeridad española, y a hacer de nuestra estereotipada sonrisa urbana, no una mueca de salón, sino un espontáneo gesto de felicidad impensada y sincera.

Es el regocijo francés el que contamina nuestra tristeza monótona, y se extiende en ella y la devora como una llama traviesa que corriese por una hoja de papel negro.

Los franceses gustan de las fiestas que brillen y escandalicen; gustan del color y del ruido; y saben embriagar los sentidos con el deslumbramiento de la vista y el grato ensordecimiento del oído.

La fascinación es violenta. Una multitud que gira, que ríe, que canta, que adrede se enloquece y se funde en una inconsciencia impregnada de goce y de olvido, es un espectáculo interesante. Vista a ojo de pájaro, desde la altura de una indiferente me-

ditación, aparecería, de seguro, como una rebelión de enajenados, como la escapatoria de un manicomio.

Pero confundidos en la batahola del contento, apretados por una malla de alegría, perdemos nuestra personalidad, característicamente retraída y silenciosa, para entregarnos a este frenesí cándido, a esta ola de placer inocente, de una fiesta francesa.

¡Poderoso milagro de sugestión, que realiza año por año una colonia extranjera, sobre el carácter nacional mexicano!

Nuestro pueblo, sin embargo, ese pueblo triste y encogido, que vive una vida de exaltación efímera pero insana, con el *pulque*, y otra vida de mutismo hipócrita y de malicioso recelo, con la ignorancia, va a sufrir dentro de poco tiempo, una transformación amable. Lo va a curar un médico divino: el canto.

El establecimiento de orfeones populares, proyectado y llevado a cabo por el Sr. Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, producirá sin duda un gran resultado educativo.

Al primer grupo orfeónico se han afiliado artesanos, obreros, maestros de escuela, oficinistas. Mas conforme vaya ensanchándose la esfera de acción, conforme vaya afirmándose y poniéndose en práctica la idea generadora, el pueblo que vegeta más abajo, irá agregándose, atraído por el impulso mágico de la música, y cantará también, uniendo a la de los demás, su bronca voz que, poco a poco, adquirirá dulzuras y agilidades no sospechadas.

El pueblo que se acostumbra a cantar en masa es un pueblo que, por misteriosa manera, llega a unirse, a compenetrarse, a formar un solo corazón

latiendo por una misma aspiración. Ese lazo invisible del canto, tiene la dureza del hierro. Muchas voces atadas en un himno hacen una sola voz, muy grande y muy sonora y que mucho conmueve.

¡Deja, pueblo huraño y obscuro de mi tierra, deja de cantar, aislado, aquí y allá, en la callejuela del barrio miserable, tus canciones de romanticismo salvaje, tristísimas y quejumbrosas, compuestas de groseras melodías sentimentales y alaridos selváticos; deja de mascullar, en tu lúgubre y brutal borrachera, cuyas sombras de dolor están estriadas de rojo de cólera, los temas amorosos en que se queja una ingratitud y amenaza una venganza; deja de entonar las elegías triviales en las que fatalmente surge la visión del presidio; y ve allá arriba donde te llaman para que cantes cosas sanas y buenas, que tranquilizarán tu espíritu y melificarán tus labios con músicas y palabras de regeneración y esperanza!

LA CAMPANA DE PALACIO

Rollinat, el famoso neurópata, describe, en versos evocadores, una procesión de campanas. Sueña el poeta que el Jueves Santo descienden de sus roídas y negras torres, y, peregrinas silenciosas, atraviesan el mundo para llegar a Roma e implorar gracias y perdones del Papa, como se cuenta de los penitentes medioevales. La poesía produce asombro impregnado de misticismo, y las voces francesas, escogidas con admirable maestría para el asunto, tienen no sé qué ecos dormidos, qué vibraciones ocultas, qué graves y solemnes notas recogidas y opresas en el bronce, y que aguardan, a la manera del órgano y las voces del coro, un episodio del fantástico rito, para romper en majestuosos y litúrgicos cantos. La peregrinación de las campanas de Rollinat, ha sido imitada en México, hace unos cuantos días. La realidad suele tener empeño en vencer a la imaginación; pero la realidad no puede hacer más que parodias torpes de los poemas de la fantasía. Entre lo soñado y lo vivido hay la misma diferencia que entre una estrella y una piedra preciosa.

No es raro que hurtemos a la existencia una joya, seguros de que nos llevamos la más grande

riqueza de la tierra; la escondemos a las miradas envidiosas, la enterramos en el rincón más sombrío de nuestra vivienda, y sólo en la alta noche, o al despertar del día, cuando el mundo duerme y ninguno puede sorprendernos, abrimos el arca, como avaros empedernidos, y nos recreamos en contemplar el tesoro arrebatado a la vida, el que ella nos había prometido y que tuvimos al fin que arrancarle por fuerza. Una mañana el desengaño, siempre en guardia, se acerca a nosotros y nos dice: te han engañado. Y con sus filtros corrosivos ennegrece las placas de oro, y con sus manos rudas, desmonta los diamantes para convencernos de que son falsos. En efecto: nos engañó la vida perversa; nos escamoteó la felicidad que deseábamos; lo que creímos robarle no era nuestra dicha, aunque mucho se le parecía; era una nueva tristeza que brillaba desde lejos como el joyel de la ventura.

La infame vida se alejó riendo, sin compadecerse de nuestra desilusión, como la ebria del *lied* de Heine..... El mundo del sueño no tiene con nosotros estas crueldades: cumple sus compromisos; nos da, en todos los casos, más de lo que le pedimos; nos satisface, nos contenta, nos mimas; hace lo que las madres con los niños: para tenernos en casa, para que no nos separemos de él, para evitarnos que salgamos a la calle, a la realidad, y que nos atropelle una duda o nos pervierta un desengaño, nos entretiene con cuentos de hadas, nos rodea de juguetes maravillosos, nos asegura que tenemos una estrella en la frente, y no se cansa nunca de mover el caleidoscopio de las esperanzas. Estamos alegres allá, en su palacio azul, y sin embargo, el ruido de afuera nos atrae; no quedamos conformes con los lineamientos imprecisos, con los matices suaves, con las

lontananzas esfumadas y salimos en busca de lo real, de lo tangible, de lo exacto; no de lo que acaricia, sino de lo que hierne nuestros sentidos; no de las formas caprichosas de la bruma, sino de la rígida silueta de la montaña; no de la voluta diáfana de la nube, sino del áspero contorno de la roca; no de la lejanía confusa de la nieve, sino de la dura lámina del mármol; de todo lo que podemos tocar sin comover, de todo lo que se resiste a nuestra voluntad, de lo que es un obstáculo, un tropiezo, de lo que nos encierra con una muralla palpable en los estrechos límites de la materia. Somos ingratos con el sueño; lo despreciamos sin motivo.

¿Quién como él, nos mece tan dulcemente en el espacio? ¿Quién nos divierte con más cariñosa complacencia? ¿Quién, al penetrar en él, no se torna divino, y forja a su antojo los más sublimes absurdos? Y luego, ¿es cierto que allí no reside la verdad? ¿Acaso el maestro Platón, el ave errante de lo infinito, no volvió de aquellas libres regiones con un puñado de verdades? Y la misma materia, ¿no se idealiza a veces frente a nosotros, para convidarnos a la plácida somnolencia de la ilusión? Una puesta de sol, el agua que corre, el pájaro que pasa, ¿no son invitaciones para que el espíritu abra las alas y se arriesgue a volar por los abismos luminosos de la fantasía? El sueño no engaña, ni es traidor mientras le somos fieles y lo preferimos a las hipócritas y malévolas ficciones de la realidad. La mentira que seduce, que acaricia y alegra, no es mentira: mentira es la verdad que entristece, que desengaña y que golpea; mentira es el mal, mentira la ingratitud, mentira la muerte. Así vivimos, aferradas a nuestros delirios, algunas pobres al-

mas. ¿Qué más da? Sigue el Universo su marcha imperturbable en tanto que los fisiólogos revuelven el cieno para hallar el secreto de la muerte y los soñadores miran a los astros para encontrar el misterio de la vida. Unos y otros pierden el tiempo desde hace miles de años: solamente que nosotros, los ilusos, les llevamos una gran ventaja a los observadores y a los sabios: no hemos perdido la esperanza. Si queréis ser felices, vivid siempre, almas jóvenes, en el p^{al}acio azul del ensueño.

Ya lo veis: vino en procesión cívica la campana de la Independencia, enguirnaldada de rosas, seguida de un cortejo de magnates; cruzó la ciudad al compás de una marcha heroica, compuesta expresamente para ella; ascendió ante la muchedumbre, hasta colocarse sobre el balcón central del Palacio, fué saludada con dianas y discursos, circuida por la noche, de un esplendoroso círculo de fuego, copiada en los periódicos con lujo de pormenores, cantada por Juan Mateos, cortejada por los principales hombres de Estado. Tocó la hora que nos entusiasma: las *once* del 15 de Septiembre, y la catarata humana hirvió locamente muy por abajo de su bronce sagrado, curiosa de verla y de oirla, con el vago anhelo de que al volcar sobre la multitud su voz bronca y vibrante, despertara las energías dormidas. Sus campanadas debían de ser como una épica narración de nuestras glorias; sus repiques debían de sonar como himnos de triunfo; cada nota sería como el latido de un corazón de héroe.

Yo vi al pueblo curioso henchir la plaza, sentirse estrecho en el amplio cuadrilátero, desbordarse por las calles cercanas, como el agua que se sale del cauce; encaramarse a cuanto ofrece un apoyo,

un saliente, un sitio vacío: las tazas de las fuentes, las copas de los árboles, las cornisas de las casas, el pórtico de la catedral; yo esperaba algo nuevo que elevara y regocijara; tenía deseos de escuchar un verdadero grito de entusiasmo salido de los labios populares; recordaba la *Musa Callejera* de Guillermo Prieto, y hubiera querido presenciar uno de aquellos arranques viriles, que el anciano cantor describe en sus homéricos romances.

Ah! no hubo nada: la musa popular no tiene ya corazón; vive en una brutal inconsciencia, y apenas si le queda tiempo, en los ratos lúcidos de su perpetua y asquerosa embriaguez, para tener rápidas y frías curiosidades. Nuestro pueblo, débil de suyo, ha entrado en un período de alcoholismo agudo, que cada día lo aproxima a la imbecilidad y a la muerte. No tiene generosas sacudidas de entusiasmo, ni arrebatos nobles de patriotismo; no tiene impulsos de fe, ni alientos de esperanza. Es un infanticida: ha muerto a sus ideales recién nacidos. Le quedan furias salvajes y apetitos de bestia: le quedan tristezas y desalientos enfermizos. En los momentos en que cesa de beber es un lipemaniaco. Nuestro pueblo está grave, muy grave, casi sin salvación, casi en agonía. Y como el pueblo, la sociedad entera, megalómana, alcohólica y suicida. Apenas logra salvarse de este mal, que amenaza ser incurable, un grupo pequeño, como la familia de Lot se salvó de las perversidades bíblicas. El fenómeno se hace notable en estas fiestas que arrojan a la vía pública, al centro de la capital, las podredumbres escondidas en los hogares y en los barrios. Un biólogo buscaría en nuestros organismos la causa de esta enfermedad prematura, que amena-

za matarnos en plena juventud; y precisaría el diagnóstico de la anemia que nos consume.

El sociólogo tal vez encontraría el remedio. Yo no soy más que un cronista; he recibido una impresión y la anoto. No me creo obligado a hacer tantas filosofías sobre asuntos que no conozco. ¿Qué vi? Un desfile tumultuoso de ebrios callados, algo como una fúnebre procesión de fantasmas; una curiosidad sin entusiasmo; una alegría artificial, un goce patológico.

Cuéntame que en otros tiempos este aniversario era una epopeya: que la canalla se engrandecía, que el *lépero* tomaba proporciones heroicas, y que el alma de *Pípila*, disuelta en la conciencia nacional, vibraba en la multitud como una inmensa palpación. *Fidel* me ha dicho muchas de estas cosas, en su lenguaje sencillo y tierno—narración de anciano compasivo y piadoso.—Yo lo he escuchado, como quien oye a la *Tradición*. Están muy lejos de mí los tipos de la *Musa Callejera*.

Y me digo: ¿a qué vino la campana? ¿De qué servirá la exhibición de la reliquia? Desde luego nos ha asaltado la duda: no tenemos certidumbre del servicio que prestó a la excelsa causa: alguien afirma que es una embustera, que no llamó a la misa de la libertad; que se quedó muda e indiferente, contemplando el suceso en lo alto de la torre.

Las campanas de Rollinat son unas místicas auténticas: van a Roma, por devoción, a ver oficiar al Santo Padre, y a implorar el perdón para las culpas. Esta campana, que asegura haber servido de clarín de guerra, ha hecho también su larga peregrinación, soñando en una entrada triunfal, bajo una lluvia de laureles, y entre un coro de vír-

genes, en una atmósfera cargada de fulgores y hosannas. El recibimiento oficial fué suntuoso, si bien severo y rígido como una ceremonia diplomática. Pero ¡ay! el bronce debe de estar desilusionado de la carne. De fijo que no esperaba encontrarnos así, tan pobres de entusiasmo. La realidad le ha herido.....

Bien estaba en el campanario de una iglesia de villorio, dominando las campiñas bañadas de sol, los húmedos penachos de las arboledas, el oro ondulante de los maizales, las azules y hermosas serranías. Allí nadie dudaba de ella: era dichosa porque soñaba en un pueblo sano y vigoroso, y porque podía, a sus anchas, recordar lo que había visto una mañana en que el alba despertó, a la par de los pájaros, aladas ansias en los corazones oprimidos. Ahora está allí, bajo el viejo reloj del Palacio, mal puesta, cohibida, fuera de su sitio, como una intrusa en la asimétrica fachada. Objeto de curiosidad en los primeros instantes, quedará después allí, avergonzada, nostálgica, en espera de la noche del año en que vuelva a cantar con su voz fina y triste, y oyendo a sus orgullosas hermanas de la Catedral, alborotar y aturdir la ciudad a cada momento, con sus lenguas charlatanas y escandalosas. Mientras permanezcas mudo, viejo esquilón campesino, olvídete un poco de nuestras miserias: duerme y sueña. La realidad es torpe y mentirosa. En tanto que se corrige, divirtámonos con nuestras buenas amigas las ilusiones: creamos en el Amor, en la Libertad, en el Patriotismo. Toca, cuando puedas, tu canción heroica, sin preocuparte de lo que te rodea.

Yo alzaré la vista, en ocasiones, para mirarte, cuando pase por allí, y vaya pensando en la mujer

amada, en la metáfora luciente o en la traviesa y fugitiva estrofa.

Los ditirambos que te han dirigido son de una retórica vulgar, son pedrería falsa y ya gastada; las luces que te circundaron no te alumbrarán más. Como sé que vas a quedar triste, te repito el consejo: duerme y sueña. Yo me he consolado muchas veces con eso.....

1896.

LA NADA

DENTRO DE UN PARÉNTESIS

Estoy muy lejos de la ciudad. Como muchos de sus habitantes, me dí el lujo de huir, por tres días, de la agitación urbana. Tres días de aire libre. de silencio, de contemplación; tres días de sentirse uno en su completa integridad, en la plenitud de su ser consciente; tres días de tierra y cielo, y entre la tierra y el cielo, luz de sol y azul de montañas, son tres días provechosos. Tonifican y pacifican. Dan al cuerpo agilidad y al espíritu sutileza. El niño que todos los hombres llevamos adentro, se despierta, como despiertan siempre los niños: riendo y cantando. Y entonces, sin darnos cuenta, sentimos mejor que pensamos, que la felicidad estaba dentro de nosotros, y, por lo mismo, era inútil que la buscásemos afuera. ¡Qué distraídos que somos, qué atolondrados y tontunos! Mire usted, que andar buscando, con manos trémulas y ojos escudriñadores, lo que podríamos hallar con sólo dejar quietas las manos sobre la caja del corazón, y cerrar los párpados para vernos interiormente! ¿A quién no le ha pasado alguna vez perder algo que no encuentra, y que, al fin, tras vanas pesquisas, resulta escondido en sus bolsillos: un dije, una moneda,